





EL ÁNGEL DE  
LA CIUDAD INVISIBLE



Alberto Piedrafita Gómez

EL ÁNGEL DE  
LA CIUDAD INVISIBLE



Primera edición: septiembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Piedrafita Gómez

© Ilustración de portada: Eugenia Martínez-Soria Ramos

ISBN: 978-84-18958-02-1

ISBN digital: 978-84-18958-03-8

Depósito legal: M-25083-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Luna, Laia y Asber,  
a partir de ahora imprescindibles.*





# 1.

## LOS JUEGOS DE VERANO

La ciudad de San Ragosa acababa de ser elegida como sede oficial de los Juegos de Verano. La fiebre de aquel éxito diplomático, cuestionado y denunciado en su ética más elemental, invadió las calles durante algunas semanas, incluso a aquellos que como Abelardo Escaria militaban en el más profundo escepticismo sobre la utilidad del Estado y sus inescrutables tentáculos. Tampoco veía una fórmula mejor, por lo que aquello suponía un mal menor y además inevitable. Las calles se inundaron de progreso y a nadie pareció importarle. Pasados los primeros días de escándalo, los posibles subterfugios utilizados para la concesión iban perdiendo importancia. Aquello parecía un éxito para todos. Así lo entendió también Abelardo mientras observaba el café que acababa de salpicar su camisa impoluta. Se abalanzó sobre el bolsillo interior de una chaqueta que no llevaba, buscando un cigarrillo que hacía meses había abandonado. Realizó un gesto poco significativo, ineficaz, ante la cara estupefacta de un camarero de cabeza brillante y rala, que se acercó temeroso, frotando con su bayeta una copa reluciente a juego con su aséptico cuero cabelludo.

—¿Le traigo algo para limpiarse? —arriesgó el camarero sin mucha decisión.

—No, me gusta así —y desapareció dejando el importe exacto sobre la barra.

Abelardo Escaria odiaba cualquier ejercicio de poder que pudiera afectarle, incluso si alguna de las sugerencias incluyera para

él un inmediato beneficio. El imperativo había quedado relegado de su vocabulario, llegando a contestar con un absurdo frente a cualquier indicación que le impusiera una obligación. Era, por tanto, un mal policía: un tipo detestado por todos; un tipo incapaz de recibir ninguna sugerencia y menos una orden. Alguien al que se miraba de reojo desde el principio, con cierta desconfianza irracional.

Los Juegos de Verano le darían, seguramente, más trabajo y, al revés que a sus compañeros, a él no parecía importarle. No necesitaba demasiado el ocio, le aburría.

San Ragoza se mostraba pletórica en una mañana como aquella. La televisión anunció oficialmente lo que todo el mundo parecía haber predicho. Se sabía. Era un éxito anunciado, aunque nadie decía claramente por qué. Tal vez aquella voz contundente del alcalde, Manuel Sierra Morlanes, ejerciera algo parecido a un fenómeno de hipnosis; o quizá el grito unánime de los carteles inundando las calles con aquel mensaje: San Ragoza, Juegos de Verano.

Escaria recorrió la calle sintiendo el poder que daba no necesitar un cigarrillo entre los labios. Ni nada. Acogía su orgullo con la misma contundencia con la que administraba su soledad. Nada era imprescindible. Cruzó la plaza de la Basílica hasta entrar en el garaje. Bajó las escaleras arrastrando aquella mano que le pedía alguna moneda sin entusiasmo y creyó ver las uñas rotas y mal pintadas de una mujer. No supo si chocó involuntariamente sobre aquella mano o si la mano intentó tocar, en su avance infructuoso, un poco de esperanza ajena. No recordaba el momento en el que la compasión había desaparecido de su vida. No tengo humanidad, pensó. ¿Me gusta así?, pero humanidad quedaba mal definida en su concepción del mundo. «Me gusta así» habría quedado como su particular forma de enfrentarlo todo, un eslogan para presentarse al mundo. Un mundo que no le parecía del todo ajeno, aunque tampoco era del todo suyo. Podía sobrevivir con un nivel suficiente de agrado. Suficiente, la mayor parte de las veces. Tal vez fuera otra cosa. Tal vez no fuera falta de compasión; en todo caso, podría

ser, debería ser, algo pasajero. No se lo podía permitir. Renunciar a eso supondría instalarse en otra forma de ver el mundo, algo que sonaba enormemente pesado y más doloroso.

En el coche se desprendió de la camisa y la cambió por una camiseta que extrajo de la guantera. Todavía quedaba otra, pero prefirió no elegir, arrojando la camisa manchada sobre el asiento trasero. Una camiseta blanca estaba bien, sin propagandas, como le gustaba decir. Ningún mensaje. ¿A quién tengo yo que recomendar nada? ¿Con quién tengo que compartir mi propia estupidez? Con nadie, pensó.

La radio del coche hizo comentarios entusiastas sobre la concesión. Hablaban de deuda histórica para la ciudad. Cambió de emisora y encontró la misma deuda histórica, esta vez anunciada por una voz asustada, con un registro sin género, que hablaba en términos legales sobre la falta de ética y lo innecesario del proyecto. Entre la tormenta de voces irritadas, aquel comentarista apenas si podía esgrimir números y datos. Distribución social... extremos de pobreza... daridad... ¿Quién podría escuchar una voz tan fuertemente aplastada por la tormenta interior que arrastraba aquella persona? ¿Qué podía mover a alguien a acudir a una tertulia donde iba a ser ajusticiado, acribillado con palabras duras y malsonantes? Seguro que lo sabía de antemano, que iba sobre aviso, que sabía que iban a ser poco condescendientes con su crítica del evento, pensó Escaria. Algunos tipos aman el sufrimiento. Apagó la radio y abandonó el garaje como quien sale de un agujero en el interior de la tierra. Agradeció la bocanada de luz que golpeó el cristal delantero del coche al salir del túnel. Abrió la ventanilla pulsando brevemente sobre el botón lateral. La bajó cuatro dedos, como cuando fumaba en el coche. Respiró un borbotón de aquella luz entusiasta que hacía brillar el río, provocando hilos serpenteantes de luz y sombra bajo los puentes, encendiendo algún charco que quedaba tras el paso de la máquina de la limpieza: escarabajos travestidos que marcaban su territorio con aguas menores. Un olor húmedo y templado le recordó la hora. Pensó que podría ser tarde. Aceleró.



## 2.

### PRIMER DELIRIO

La bala agujereó a cámara lenta el sombrero de pavo real. Una nube verde, muy clara, quedaba sujeta entre el alero mojado del Museo Greenberg y la columna morada del Colbert. Frente a la primera puerta un soldado bonapartista jugaba a las cartas, con su casaca tan abierta que dejaba ver su pecho embalsamado. El sombrero de pavo real cayó herido sobre el asfalto recién regado. La anciana de la sonrisa impertinente se agachó para recogerlo, descubrió el agujero todavía humeante y lo volvió a dejar con cierto desprecio. Se sentó en la silla que quedaba libre frente al minúsculo televisor que emitía un sonido extraño, donde las voces del comentarista mutaban el timbre pasando de agudísimo a muy grave, mientras el televisor se hacía a cada momento más pequeño. Los cuerpos de los espectadores se inclinaban hacia la pantalla intentando seguir al comentarista, que desaparecía en su minúsculo receptáculo. Comenzaron las protestas. Ruidos guturales amplificados entre las palmas de las manos; altavoces al viento azul y templado de la calle sobre la que incidía una luz intermitente, que rebotaba sobre el pavimento mojado inundado de pequeños animales de goma de color amarillo sobre los que una docena de niños intentaban caer dormidos.

Un tipo con sombrero y túnica azafrán levantó en el aire uno de aquellos objetos de goma de una patada imponente dejando colgando la ilusión de los niños sobre un cable iluminado que recorría la calle de lado a lado.

El tipo se preguntó por qué llevaba túnica y después por qué llevaba sombrero. Finalmente se detuvo a horcajadas sobre la acera y decidió poner sentido a su vida.

Escaria se sorprendió porque nadie llevara chaqueta y después porque no vio a nadie fumando. ¿Todo el mundo habría hecho como él? ¿Habrían dejado de fumar por él? ¿Y qué tenía que ver la chaqueta con todo esto?

Una segunda bala silbó cerca de su sombrero y rebotó sobre la pared volviendo a silbar sobre su sombrero y rebotó y rebotó y rebotó contra la pared volviendo indefectiblemente a silbar sobre su sombrero. Él comprendió por un momento la física de la calle y se retiró de la trayectoria de la bala, que entonces se clavó en su carne. Volvió a girar sobre sí mismo y entonces la bala salió de su carne rebotando sobre la pared y silbando sobre su sombrero. Gritó sintiéndose morir, con una voz que modificaba el timbre hacia un grave tan profundo que provocó el desconcierto de los telespectadores que seguían viendo el televisor encogerse hasta un punto en el infinito, y después se fue caminando con el sombrero en la mano, sintiendo cómo la luz azul, cada vez más espesa, le reconfortaba con un aliento cálido que le recordó a México.

La luz se volvió intermitente, azules reflejando sobre una niebla que multiplicaba el fulgor hasta hacerse doloroso.

—¡Escaria! ¡Escaria!

### 3.

## LA PRIMERA MUJER

Al llegar a la comisaría, Abelardo Escaria no esperaba nada. Imaginó las miradas indiferentes del resto de la policía. De todos. Ninguna mirada de saludo, ni siquiera de reproche, Abelardo Escaria era un hombre olvidado; quería ser un hombre olvidado. San Román le entregó unos papeles que, sin intención de ser revisados, fueron a caer de nuevo sobre la mesa. Aquel policía hizo el gesto de la indiferencia que caracterizaba a Escaria e intentó imitar, sin ninguna gracia, una frase escrita para la ocasión: «Me gusta así». Y se fue preguntándose, como todos, cómo podían tolerar a un tipo como ese en el departamento. Los dos supieron leer en el pensamiento del otro y a ninguno de los dos pareció ocuparle aquel asunto más tiempo del que San Román tardó en recorrer aquel pasillo impersonal salpicado de carteles encorvados que anunciaban las buenas intenciones de la policía: «Estamos para ayudarte»; «Un policía, un amigo»; carteles advirtiendo a la población: «Las drogas son tu verdadero enemigo», «Vigila a tu hijo adolescente...». Escaria cerró la puerta al salir con un golpe más fuerte de lo que hubiera deseado, un golpe de mala suerte, interpretado como violencia, que terminó con la corriente del pasillo. Se oyó una voz hablando por teléfono en tono condescendiente. «Sí, no se preocupe... Seguro que aparece pronto... Si no ha vuelto en una hora vuelva a llamar... Sí... De acuerdo... De nada». ¡Escaria! Pero Escaria ya bajaba por la escalera tras el control. Levantó la mano a manera de

saludo, pero no esperó respuesta. Alguien, no obstante, levantó la mano y emitió un gruñido que intentaba ser amable.

Sonó el teléfono vibrando contra el bolsillo trasero y lo cogió como quien atrapa al vuelo una mosca de verano, hizo una raya sobre la pantalla y saludó.

—¿Qué tal, Sonia?... No, salgo ahora de comisaría... Sí, sí, ahora tengo un rato... Vale.

Abelardo Escaria introdujo de nuevo el teléfono con la misma agilidad, enfundó el Samsung a la vez que, con un breve y entrenado roce de sus piernas, comprobó que la pistola seguía enganchada al tobillo.

\*

La mujer yacía boca abajo. Algo no demasiado claro hacía pensar, equivocadamente, que no estaba muerta. El color del lado del rostro que no se apoyaba en el suelo indicaba lo contrario. También aquello que Abelardo Escaria sentía sobre el aire en las proximidades de un cadáver. Algo que Sonia jamás llegaría a comprender.

—Es como un pequeño temblor dentro de mí, Sonia, algo que no se puede contar, que se siente. Un malestar frío, aquí —señaló un punto entre el pecho y el abdomen.

En todo caso, Escaria enfrentó aquel ojo inmóvil con extrañeza y tuvo que sentir en sí mismo la muerte para darla por cierta. El frío lo inundó y un temblor certificó el final de la chica.



## 4.

### SERCHMAN

Un serchman no es un policía, lo parece. El enfoque quería ser diferente. Sierra Morlanes, ministro antes que alcalde, viejo antes que diablo, diseñó su estrategia con cuidado.

Un investigador con cierta dosis de psicólogo, con la visión de campo de un antropólogo y el aire guerrero de la policía: jóvenes preparados para mirar más allá de lo evidente y con cierta independencia, el trabajo policial y su disciplina.

Agitó su coctelera tras juntar aquellos ingredientes, lo aderezó con una dosis de genio ministerial y el resultado fue una carrera que hicieron muy pocos y que duró, estrictamente, su legislatura.

Era su sueño. Ese y la construcción de una vía de comunicación con el país del norte, una infraestructura gigante que, como una vena por el desierto, llevara el latido de San Ragosa hasta el norte.

Los dos proyectos se estrellaron con la misma intensidad, cada uno con sus propias razones, pero contra la misma pared. Abelardo Escaria era la muestra de uno de ellos; una estructura de cemento abandonada en mitad del desierto, en la parte en la que el río dejaría espacio a los Juegos de Verano, la otra.

Sierra pensó que no había, todavía, terreno preparado para una idea como aquella, y se dejó vencer, contratando al más destacado de aquellos alumnos privilegiados como venganza en su fase como alcalde de San Ragosa.

Su particular creación, aquel personaje creado con restos de otros personajes, quedó en un lugar sin frontera. Fue el comisario Antic, en un golpe de astucia, quien prefirió tener al enemigo cerca, cediéndole un espacio deshabitado de la comisaría del Siglo XXI. Abelardo Escaria quedaba así encadenado en aquel destierro cómodo cuyo trabajo consistía en pasar de largo, ocultar su brillantez en el caso de que la tuviera y ocultar su disconformidad en el caso de que existiera. Matar al serchman implicaba matar el orgullo de Manuel Sierra, por lo que, desde el primer instante, fue un objetivo prioritario para aquel enjambre de opositores que merodeaban detrás de su ración de tarta.

En este contexto Manuel Sierra eligió a un serchman para la comisaría central. Era tan guapo, dijo la esposa del alcalde.

—Abelardo Escaria Alesado.

—Sí, señor.

—¿Sabes para qué te he llamado? —comenzó el edil la entrevista.

—Bueno, no del todo —frunció el ceño el serchman.

—¡Vaya! Resulta paradójico que alguien con tu formación no adivine las intenciones de los demás. Lo sé, lo sé —se arrepintió Sierra anticipando la respuesta de Escaria—, intentaba bromear. Un serchman es un científico, no un adivino; lo sé.

Los ojos de Abelardo Escaria escrutaron más allá de la mirada del alcalde, que jugaba su partida en un juego del que no tenía muy claras las reglas, viendo a un hombre cansado, que superaba los cincuenta con cierta elegancia, encastrado en un uniforme correcto pero informal de Armani, que resultaba tan seductor como la entonación medida que imprimía en sus palabras. Se cayeron bien sin olvidar la cautela característica de ambos.

Decidió, pese a todo, concederle un poco de confianza, sin desmenuzar analíticamente cada frase de su interlocutor.

—Deberíamos mostrar ahora la utilidad de que intervenga un serchman. Estamos en un mundo pragmático. ¿Sabes quién ha creado recientemente una universidad privada?

—No —contestó confundido Escaria.

—La compañía McDonald. ¿Para qué querrán las hamburguesas una universidad? —apuntó con el dedo al cielo y concluyó—. Política —alargó la palabra hasta el absurdo—. Las hamburguesas sabrán mejor si son universitarias. ¿Qué te parece?

—Está bien así, creo.

Escaria emitió un sonido impreciso que el alcalde sintió como afirmativo.

—Eres muy joven, aunque sé que estás muy preparado, primero de tu promoción y todo eso, pero... ¿qué sabes de la vida, eh? Todavía poco, perdóname. Necesitas la ayuda de tus predecesores —concluyó Sierra con una sonrisa cínica—, nosotros. No somos nada si estamos solos. Incluso la yedra necesita un árbol para salir adelante.

—Está bien así —repitió el serchman.

El despacho del alcalde, Sierra Morlanes, daba a la enorme plaza de la Basílica a través de grandes ventanales y un balcón corrido sobre el que ondeaban tres banderas. Uno de los ventanales, ligeramente abierto, dejaba escuchar gritos monótonos, como el eco de una muchedumbre cansada. Gritos sin entusiasmo, dirigidos por un megáfono hiriente que obligaba a evitar la escucha. Consignas pautadas, en un tono machacón y aburrido sobre la concesión de los Juegos de Verano. Morlanes, condescendiente y ajeno a los gritos programados, dejó de atender, cerrando finalmente la ventana.

Escaria por un momento imaginó al grupo de manifestantes en un baile melancólico donde la música se repite hasta el aburrimiento mientras los personajes de cera, que comienzan a derretirse, van perdiendo su fuerza apoyando la cabeza sobre el hombro del contrario. Sin que nadie le prestara atención, el megáfono iba atascando sus sílabas hasta no emitir más que un ruido molesto, condescendiente, inane, derretido sobre las baldosas de la plaza mientras el portavoz, ajeno a la realidad derretida, sentía inundar su pecho de fantasías con olor a iglesia.

—No tengo que contarte lo que significan para esta ciudad los Juegos de Verano. Ha sido un esfuerzo de todos —idealizó el alcalde—. Y ahora esto.

El edil pareció afectado, llenando aquel despacho de techos infinitos con un silencio que no resultaba del todo creíble.

—No tenía que pasarnos ahora. No era el momento. Iba todo demasiado bien y ahora... —guardó de nuevo un silencio afectado que sonó aún menos creíble.

El megáfono sobre la plaza emitió un pitido moribundo y dejó de gritar. Escaria imaginó al pequeño grupo marchando tras un murmullo de desconcierto dirigido por un corazón a punto de explotar. Imaginó el olor de iglesia inundando la calle sobre restos de cera como manchas sobre un espejo.

—Trabajarás solo. Ya sabes lo que se te pide. Averigua lo que ha pasado y tenme al corriente. No hables con nadie antes de hablar conmigo, ni siquiera con el comisario Antic. Sé que puedes tener problemas con el departamento, pero voy a estar detrás de ti, apoyándote en todo momento.

Sierra Morlanes apoyó una mano demasiado blanda sobre el hombro del serchman.

—Es tu oportunidad, muchacho. No defraudes a tu ciudad, no me defraudes.

Escaria sintió la presión tras los ojos del alcalde como una mano que atenazaba su garganta a la vez que abandonaba su hombro con un escalofrío que marcó su espalda como una cuchilla.

Abandonó el ayuntamiento, cruzó la plaza, ahora vacía, y deambuló por las calles de la ciudad antes de entrar en la comisaría.

El policía de la puerta saludó sin entusiasmo. Un compañero merece al menos eso, aunque sea un mal compañero, un policía que no termina de serlo. Escaria hizo un quiebro con la cabeza para responder al saludo. También era suficiente, el código no obligaba a más. Los serchman no son del todo policías, así que quedaban ajenos al corporativismo del grupo. Además, ¿quién necesitaba a alguien así? La parte de psicólogo llevaba a la desconfianza, podía escrutar demasiado los interiores florecidos de miseria, los espejos rotos bajo la apariencia de fortaleza, y la parte de filósofo resultaba insultante. ¿Quién puede detener a un terrorista con filosofías?

Todos sus atributos eran, desde el punto de vista general, innecesarios. Un serchman nunca podría ser un buen policía. Además, era demasiado guapo para pasar desapercibido. El comisario Antic acudió a su encuentro nada más llegar. Parecía avisado. Hizo un gesto rápido, un gesto que solo hace alguien que tiene poder suficiente. Escaria pensó en no darse por enterado, pero la llamada del comisario, con aire de urgencia, lo hizo indispensable.

—Siéntate, Abelardo —comenzó acomodando la voz a la trascendencia de la situación.

—Está bien así, gracias, no se preocupe.

El comisario se acercó hasta el serchman y, apoyándose sobre los hombros del muchacho, lo obligó a sentarse con una sonrisa que fue mal interpretada.

—Supongo que el alcalde te habrá dado instrucciones muy concretas —inició Antic—. Ya lo conozco, te habrá pedido que hables primero con él y te habrá recordado lo importante de tu labor en este caso —hizo un gesto que ridiculizaba un círculo que parecía no terminar nunca—. De ninguna manera. Ni se te ocurra. Tu obligación primera es con la policía. Yo me encargaré del alcalde. Tenemos un cadáver, aquí termina la política.

Abelardo asintió sin que aquel gesto significara realmente nada. Calmó al comisario, que entendió la disposición del serchman de manera favorable.

—Está bien, sabía que podía contar contigo.

Resultaba curioso ver cómo todo el mundo entendía el asunto según sus propias necesidades. Con ese pensamiento descendió Escaria por la escalera principal para volver a saludar, de la misma indiferente manera, al policía del control. Le pareció escuchar su nombre, pero lo juzgó imposible.

\*

Sonia desprendía todavía el aroma del gimnasio. Un chándal perfectamente elegido apretaba su carne dando sensación de for-

tales, modelando rincones de su cuerpo que hacían desviar la mirada a algunos muchachos que tomaban café y charlaban bajo los efectos del deporte recién finalizado. Abelardo sintió el aire enrarecido por el cloro a la vez que acercaba su cara a la de la chica.

—Me encanta tu olor y adoro que nunca lleves perfume.

—Yo también te quiero —contestó la chica quitando potencia a aquella frase demasiado íntima para el desayuno.

La televisión mostraba imágenes sin voz de la concesión de los Juegos de Verano en las que Sierra Morlanes sonreía y levantaba el brazo triunfal desde el balcón del ayuntamiento. Escaria dividía su atención entre dos frentes: la mirada precipitada de la chica y los fognazos del televisor cambiando a trompicones en el inicio de las noticias.

Sonia aproximó ahora su cara a la de su acompañante, respondiendo con retardo al saludo inicial.

—¡Hola!

Abelardo se sintió atrapado por la estrategia de la chica y sonrió.

—Es el alcalde, no he podido evitar mirar a la pantalla, hace poco hablaba con él. Quiere que haga un trabajo delicado.

—¿Qué tal es? —preguntó Sonia a la vez que soplaba sobre el té humeante.

—Está bien así —contestó automáticamente—, es un tipo correcto que quiere ganarse mi afecto. Eso me gusta. Ya veremos. Es por esa chica. Él no quiere pensar en un asesinato mientras estemos con lo de los Juegos de Verano. Supongo que lo negará hasta lo inevitable. Todo esto es su particular mérito, entiendo que no quiera perderlo.

—¡Qué pena lo de la chica! Es raro, ¿no?

Sonia no esperaba ninguna respuesta, pero Abelardo disparó impulsivamente una.

—¿Raro? La gente se mata todos los días por tonterías. No somos lo mejor de este planeta, querida —su voz sonó innecesariamente molesta—. Luego voy a ver a mi madre —dijo acercando la mano al pelo de ella y cambiando de tono.

Escaria anticipó la pregunta de Sonia y contestó que bien, que como siempre, que no esperaba, tampoco en eso, ningún milagro.

—Vas siempre un paso por delante —dijo ella—. A veces me gustaría que aceptaras el mundo de los demás un poco.

\*

El gimnasio Siglo XXI se construyó enfrente de la comisaría en la que Abelardo Escaria compartía el espacio, a veces solo el espacio, con policías y otros funcionarios que, como él, cedían su cuerpo al fantasma de la Administración. Aquel edificio, a pesar de su juventud, ya desprendía un aire viciado, antiguo, propio del rigor administrativo heredado de otras épocas, que contrastaba con el olor a cruasán y cloro de la cafetería de enfrente. A veces los funcionarios buscaban aquel vapor vivo de la piscina para escapar del otro vapor, más seco, más anodino y tedioso de la comisaría, inyectando café y algún exceso sobre sus cuerpos, huyendo durante algunos minutos.

Abelardo saludó a San Román, que entraba a por su dosis de realidad en forma de café alejado ahora de sus montañas de papeles. San Román hizo un gesto breve y ensayado mientras miraba a la chica e hizo un quiebro con la mano para pedir un café.

Abelardo contempló la parsimonia con la que San Román daba vueltas al café. Lo observaba mirando a su alrededor, escudriñando vidas tras cada trago, oteando por encima de sus gafas una realidad que no podía comprender del todo. Sentía sus pensamientos, lo veía asentir en una conversación intrascendente con algún interlocutor que guardaba dentro, en su alma de viejo y triste policía.

—Deberíamos marcharnos. ¿Estás bien? —la voz de la chica sonó condescendiente.

—Sí, vamos —concluyó él.